

Opinión pública, verdades y mentiras

Lluís Foix
Periodista y escritor

El periodismo es un instrumento de la libertad en las sociedades democráticas hasta el punto que sin unos medios de comunicación libres el estado de derecho no se sostiene. Las sociedades que más han progresado en los últimos siglos son aquellas en las que los ciudadanos han tenido una información más completa sobre los hechos que afectaban a sus intereses, convicciones, creencias e ideologías.

Saber lo que ocurre es imprescindible para tener una cierta opinión propia sobre la realidad y poder actuar así en consecuencia. Pero es imposible saber todas las claves de las actuaciones públicas o privadas que tienen repercusión en la vida de las personas. A lo que se puede aspirar es a conocer cuantos más hechos que ayuden a comprender la realidad.

Una de las cualidades más valoradas de los informadores o de los creadores de opinión es la capacidad de transmitir noticias u opiniones tal como las ven en un determinado momento y saber modificarlas cuando aparecen nuevos elementos que hacen necesaria una rectificación. Un periodista ha de

estar abierto a todos los puntos de vista pero no ha de ser indiferente a todas las actitudes.

El periodismo es muy antiguo y ha sido siempre el primer paso para escribir los borradores de los hechos de acuerdo con las primeras impresiones observadas. Más tarde llegan los historiadores y aportan el contexto, la distancia, los datos que eran desconocidos por el informador cuando escribió la primera versión de los acontecimientos. La historia, además, se hace y se rehace a la luz de nuevas pruebas o aportaciones desconocidas. Pero el periodismo no trabaja con manos inocentes y se mueve por intereses, por la propaganda, por el subjetivismo y por una antigua lucha entre la verdad y la mentira.

Dicen que el canciller Bismarck dijo en una ocasión que nadie dormiría tranquilo si supiese cómo se hacen las hamburguesas y las leyes. También se inquietaría si supiera cómo se elaboran las noticias en una redacción, en una emisora de radio o en la televisión. Las prisas y las improvisaciones justifican hasta cierto punto que los primeros impactos de las noticias estén tarados de origen por la simple razón de que no se dispone de todos los elementos. La opinión pública, por lo tanto, no es una foto fija para siempre sino que va evolucionando de acuerdo con las novedades y las percepciones cambiantes de los que dirigen el núcleo duro de los medios de comunicación.

Hoy, la democracia de opinión tiene más impacto y puede ser más decisiva que la democracia representativa. Las ágoras modernas se nutren de impactos, de frases cortas, de eslóganes simples y categóricos que pretenden fomentar las emo-

ciones y los sentimientos sin tener en cuenta si son ciertos o no. Los medios clásicos que eran los grandes preceptores para formar la opinión pública ya no son los únicos que tienen el monopolio de la información y la opinión. Vivimos tiempos revolucionarios en la comunicación porque las apariencias pesan más que las realidades o, dicho de otra manera, lo que importa es que un mensaje llegue al gran público al margen de si es verdadero o falso. Las verdades y las mentiras tienen un ámbito global de difusión como nunca lo habían tenido hasta ahora.

El que fue director del *The Guardian* durante 20 años, Alan Rusbridger, decía en una entrevista a fondo en la BBC hace unas semanas que la novedad en el panorama de la opinión pública moderna es que hay cuatro mil millones de personas que se comunican horizontalmente y no verticalmente. Son cientos de miles los puntos concéntricos de comunicación y opinión al margen de lo que digan los gobiernos, las autoridades o los poderes de cualquier tipo.

Esta realidad significa un cambio y también una oportunidad. Se sabe mucho, en tiempo real, a todas horas, a través de la conexión global. Queremos conocer todo lo que ocurre en cualquier rincón del planeta ahora mismo. A pesar de circular una masa crítica tan potente de información posiblemente no había habido nunca tanta confusión sobre las cosas que pasan. Un exceso de información no contrastada puede llegar a crear angustia y desconcierto colectivos.

La opinión pública no puede alejarse de la verdad porque sin la verdad no es posible la libertad. La verdad y la libertad

están directamente relacionadas en el evangelio de San Juan cuando nos dice que la “verdad os hará libres”. Es una expresión que San Josemaría hizo colocar en el frontispicio del oratorio del Colegio Mayor Monterols de Barcelona en tiempos difíciles en esa ciudad.

El periodismo sin libertad es propaganda. La libertad es lo que nos hace más personas. El buen salvaje de Rousseau, que tanta influencia ha tenido en la historia del mundo en los últimos dos siglos, es una persona que, en el fondo, niega la libertad. El hombre se ha hecho malo porque ha salido inexorablemente de su original bondad. En todo caso, la persona se ha convertido en buena o mala porque ha querido.

El mundo libre es aquel en el que las personas tienen la capacidad de escoger, de equivocarse, de acertar. Se es más libre cuando uno sabe más sobre lo que decide. Y cuanto más sabe uno, tiene más responsabilidad porque sabe el bien y el mal que puede hacer la ignorancia, sabe ponderar las alternativas, las diferentes opciones, tiene más oportunidad para comprender el por qué de las cosas que ocurren.

La historia está llena de cantos históricos a la libertad. La oración fúnebre de Pericles hecha por Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso es uno de los ejemplos más antiguos. Pericles creía en una Atenas libre. Y murió por la libertad de la polis en contra de un concepto más rígido como el que pretendían los espartanos. Otro ejemplo en el mundo clásico lo aporta Cicerón, un humanista elocuente, contradictorio, amante de la libertad que acabó asesinado por las críticas que hizo a César y Marco Antonio. Pero todavía hoy, Cicerón es un

ejemplo de valentía delante de los abusos del poder público. El hombre ha sido creado libre, es libre, aunque hubiera nacido encadenado, escribió el poeta romántico alemán, Friedrich von Schiller. La libertad también perdura en los tiempos de abundancia y de esplendor como en tiempos de declive y miserias colectivas.

El cristianismo no se entendería sin la libertad para seguir las enseñanzas de Cristo, pues como dice San Pablo “El Señor es Espíritu y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad”. San Josemaría hablaba de la libertad de los hijos de Dios. Decía que “me gusta hablar de la aventura de la libertad, porque así se desenvuelve vuestra vida y la mía. Libremente, como hijos, insisto, no como esclavos, seguimos el sendero que el Señor ha señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos como un regalo de Dios”.

Los conceptos de libertad, verdad, dignidad, justicia y tantos otros que conforman el vocabulario principal de las sociedades contemporáneas no han sido inventados por la Ilustración o por los movimientos sociales de los últimos siglos. Están perfectamente recogidos por la praxis del cristianismo desde que Jesucristo lo predicó hace veinte siglos. Con todos los errores y equivocaciones que se puedan cometer, pero la idea del respeto a la persona, independientemente de su raza, clase social o procedencia ideológica, forma parte del núcleo del mensaje y la vida cristiana.

Me dirán que estoy teorizando sobre cuestiones que afectan a la vida diaria de millones de personas en todo el mundo. Déjenme decir que las sociedades que más han progresado,

las más democráticas, las más justas, son aquellas en las que sus ciudadanos han gozado de un nivel más alto de libertad. Y estas situaciones tienen mucho que ver con el periodismo que claudica cuando la libertad desaparece total o parcialmente. Esta ausencia de libertades trajo a Europa sistemas que iban contra la persona y su dignidad. Me refiero al nazismo, al comunismo y a cualquier sistema totalitario. Cuando en una sociedad se silencia a los que critican o a los que tienen una visión diferente de las cosas que ocurren, de la vida o de la política, pierde todo su vigor y su capacidad creativa.

La fragmentación de las fuentes informativas ha creado una masa crítica atomizada de comunicación en la que las mentiras, los rumores y los chismes circulan en tiempo real y a una velocidad sin control. Cuando ya no es posible distinguir entre lo que es verdad y lo que no lo es, particularmente en esta época de las redes sociales, entonces tenemos un problema.

Ciertamente tenemos un problema para aproximarnos a la realidad que está contaminada de falacias, mentiras y rumores. La mentira siempre ha recorrido el mundo con una impunidad sorprendente. La diferencia con los tiempos pasados es la facilidad de tantos millones de personas para poner en circulación las falsedades. Pero la misma facilidad existe para los que se empeñan en divulgar informaciones y opiniones basadas en hechos ciertos y comprobables. La mentira es muy poderosa pero la verdad siempre acaba ganando. Hay que combatir el mal con la abundancia de bien, le escuché en más de una ocasión a San Josémaría.

El Brexit ganó el referéndum de 2016 con mentiras gruesas aceptadas por uno de sus principales impulsores, Nigel Farage, que el día mismo de la victoria dijo que la propaganda y las mentiras habían sido un error. El mismo año, Donald Trump, ganó las elecciones en Estados Unidos y en la primera entrevista como presidente electo admitió que se había beneficiado de las mentiras pero que había ganado las elecciones. No es sorprendente que estos dos personajes fueran los dos primeros en reunirse en la Casa Blanca en funciones instalada en el ático de la Trump Tower de Nueva York. También es relevante que el presidente electo pidiera al gobierno británico que Nigel Farage fuera el nuevo embajador británico en Washington.

Se dice que las redes sociales han sustituido al periodismo porque llegan a más personas y con mayor rapidez. Pienso que no es así. Los medios de referencia, las noticias contrastadas, la verdad de las cosas, se distribuyan en el soporte que sea, en papel, en audio, en video o en redes, nos tienen que salvar de este mundo desconcertado que parece dominado por mentirosos y corruptos. No es así. Cuantas más dosis de verdad lleguen a más personas, más libres seremos.

El debate sobre la verdad y la mentira se ha abierto con toda crudeza en Estados Unidos y en todo el mundo libre y democrático. El mismo Mark Zuckerberg, fundador de Facebook, de 34 años y multimillonario, negaba que las informaciones que circulaban por su red hubieran tenido influencia en los resultados de las elecciones norteamericanas. Pocos días después tuvo que rectificar y admitir que Facebook había sido el vehículo por el que han circulado mentiras y propaganda,

recibidas y compartidas por centenares de millones de usuarios. Ha llegado el momento de que la tecnificación de la información y las opiniones distribuidas por las redes que sólo aspiran a tener millones de clientes asuman la responsabilidad que se exige a cualquier otro medio de comunicación.

No puede ser que la mentira, la trampa, el engaño, las medias verdades sean la base de muchos debates sobre las cuestiones más diversas. El gran peligro de la posverdad no es que no se tengan en cuenta los hechos ciertos sino que han pasado a ser secundarios. Este es el auténtico y más inquietante problema. No podemos pasar de la vieja máxima de que los hechos son sagrados y las opiniones son libres a la impertinencia intelectual y moral de que las opiniones son sagradas y los hechos son libres de interpretación.

La verdad sólo se impone con la fuerza de la verdad que penetra en las mentes suavemente y a la vez con un fuerte vigor. El Papa Francisco lo expresaba así al principio de su pontificado: “la verdadera fuerza del cristiano es la fuerza de la verdad y del amor, que comporta renunciar a toda violencia. Fe y violencia son incompatibles”. Pero este pasado miércoles fue mucho más contundente: “¡Tened cuidado!”, “Un chismoso o una chismosa es un terrorista porque con su lengua tira una bomba y se va tranquilo, pero lo que esa bomba que ha tirado destruyes la fama de los demás. No lo olvidéis: chismorrear es matar”.

La mentira y la propaganda son propias de países o regímenes autoritarios. Forman parte de su estructura política e ideológica para controlar las sociedades. Lo que es inadmi-

ble es que la falsedad reine impune en una sociedad abierta y libre. Y, por desgracia, así ocurre. Un país civilizado es aquel en el que todos estén en condiciones de hablar, escuchar, discrepar para propiciar un debate serio y cívico. Es la forma más pertinente para evitar los prejuicios basados en la ignorancia o en la distorsión de la realidad.

Un informe publicado hace unos meses por la consultora Gartner habla de que el año 2022 la mitad de las informaciones que circularán por la masa crítica mediática serán falsas. Ya pasa hoy. Se construyen debates sobre hechos no comprobados o deliberadamente incompletos o falsos.

Estamos instalados en el peligroso estadio de las “fake news”, las noticias falsas que conducen a la confusión. El periodismo ha de explicar la política y todo aquello que tiene un interés general sobre hechos particulares. No tiene que hacer política. En inglés hay una expresión que es la de “to make things happen” que tiene que convertirse en “explain things that happen”. No se trata de propiciar que pasen cosas desde un plató de televisión o desde un grupo de comunicación sino de explicar con todo detalle lo que se conoce. Las horas de televisión y radio dramatizando la situación política se parecen más, a veces, al clima de las pasiones del fútbol que a explicar racionalmente las cosas que han pasado. Si mi libertad, si la libertad de mi país, depende de la desgracia de otros seres humanos, el sistema que promueve esta situación es injusto e inmoral.

El buen periodismo no ha de derribar a presidentes ni cambiar regímenes. Se ha de concentrar en ejercitar su liber-

tad explicando lo que ve porque así muy frecuentemente mejorará la vida ordinaria de los ciudadanos, tanto de los importantes como de los que no lo son tanto. Decía Ortega y Gasset en tiempos que también eran convulsos, todos lo son, que “de los periodistas depende todo lo que nos pasará. Eliminen radicalmente, decía, de sus columnas la frivolidad, la ligereza, toda ligereza, toda información inexacta y, por encima de todo, el desorden. Demuestren que saben contribuir a la gigantesca tarea de edificar una nueva sociedad.”

Lo más peligroso para un periodista es cuando sale de su ámbito de observación y participa en los hechos. Es frecuente encontrarse con profesionales que ponen todo su ingenio en que ocurran las cosas que ellos quieren que ocurran. Es interesante releer la ocurrente novela de Evelyn Waugh, *Scoop*, traducida al castellano por *Noticia bomba*, en la que el personaje central es enviado a cubrir una guerra en el cuerno de África. Se duerme en el tren y llega en un poblado lejano y aislado donde no hay conflicto. Empieza a enviar crónicas sobre batallas, muertes y tragedias. Un gran éxito en Londres. Los corresponsales de la competencia que cubren la guerra de verdad son reprendidos por sus directores porque no se enteran de lo que pasa. Y así varios días y semanas. Finalmente todo el cuerpo de corresponsales se traslada en camión al lugar desde donde partían las crónicas del conflicto inexistente. Y comprueban que no pasa nada. Pero sus directores quieren guerra a toda costa porque el principal diario de Londres así lo aseguraba con toda rotundidad. Envían relatos estremece-

dores sobre el conflicto. Al final, un triste final, consiguen que haya guerra.

El cardenal Ratzinger escribía que “una ideología confusa de la libertad lleva inexorablemente a un dogmatismo que cada día se revela más hostil a la propia libertad”. También decía el papa Benedicto XVI que “lo que importa no es la lucha contra las instituciones sino el esfuerzo para establecer instituciones justas que hagan posible la libertad. La lucha a favor del derecho de un ordenamiento moral, es la auténtica lucha contra la injusticia y contra la falta de derechos. La libertad surge únicamente allí donde prevalece la justicia, la igualdad de derechos para todos, contra la arbitrariedad de los individuos o de los grupos”.

La aparición de Internet ha sido más revolucionaria que la invención de la imprenta por Guttenberg. La red llega a toda la humanidad en tiempo real y sin que el espacio sea una frontera. Estamos en la era del periodismo global y, a la vez, en el periodismo local y personalizado. Por poco que sigan la actualidad habrán comprobado que la mayor parte de cuestiones de debate público no aparecen en los grandes diarios o en las radios y televisiones clásicas. Surgen en los confidentiales que sirven de recipientes de informaciones filtradas por personas o instituciones interesadas. No es periodismo de investigación pero es presentado como tal. Lo importante es que marcan la agenda política e informativa del día. Las grandes exclusivas sobre escándalos o irregularidades públicas o privadas no salen en los medios más importantes sino en confiden-

ciales que aparentemente tienen poca relevancia periodística. Son los nuevos tiempos que han llegado para quedarse.

La sociedad posmoderna cuenta con millones de nuevos periodistas que no se han graduado en la Universidad, que no conocen las facultades de periodismo pero que participan en los debates con tanta autoridad y conocimiento como los profesionales de la información. Esta es una gran oportunidad para todos lo que tengan inquietudes para participar en el debate local y global y para aportar ideas que enriquezcan la opinión pública.

Internet ha supuesto una grieta para garantizar la libertad de información y de opinión en unos tiempos en los que la masa crítica de los contenidos estaba controlada, dirigida y, en algunos casos manipulada, por unos cuantos grupos empresariales que no tenían como prioridad servir a la verdad y mejorar la vida de los ciudadanos sino que abusaban de su posición de monopolio para transmitir aquello que les pudiera reportar más beneficios y no aquello que esperaba la sociedad informada.

La libertad no es escoger una marca de camisas o el lugar donde se piensa ir de vacaciones. Ser libre es asumir la libertad de tomar decisiones después de tener todos los elementos posibles para decidir. Ser libre es ser transparente, es recuperar el sentido de la palabra, el dominar el lenguaje, el servir sin ser prepotente y sin avasallar.

En el diccionario de San Josemaría se afirma que la “fidelidad a la verdad puede encontrar obstáculos de diverso género: los intereses económicos, el deseo de éxito profesional y de

poder, el temor a las consecuencias de pensar y actuar contra la mentalidad dominante... En este sentido, la virtud de la fidelidad necesita ser apoyada por la fortaleza. En algunos casos excepcionales, hasta llegar a afrontar el martirio como testimonio culminante de la verdad. “No tengas miedo a la verdad aunque la verdad te acarree la muerte” (Camino, 34).

Pero la mayor parte de las veces se tratará de vivir coherentemente en las circunstancias normales de la vida, soportando posibles críticas, habladurías o pérdida de amistades. Es entonces el momento de ser fiel sin justificarse con el expediente mezquino de firmar que nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y a la mentira.

Recomiendo salir al debate a campo abierto sabiendo que cuando se pasa las noches al raso se notan las inclemencias del tiempo. Si se sale a la plaza pública para recibir solamente aplausos se va a tener una gran frustración. Asumir las críticas, suaves o duras, forma parte de las reglas del juego. El que nada dice no recibe crítica alguna. Se puede contribuir a la formación de la opinión pública basada en la libertad y la verdad con la presencia activa en los foros de opinión y de información. Con argumentos, con solvencia, con comprensión y espíritu constructivo. Ir al encuentro, con respeto, de las opiniones del otro para aportar el punto de vista de cada cual. No es recomendable construir debates entre convencidos y con ideas compartidas. Esto es muy fácil. Es mejor acudir con las ideas propias, con criterios elaborados, al mercado de la opinión pública y procurar vender la mercancía.

San Josemaría señala también “una dificultad ante la que tienen que estar avisados quienes desean ser fieles a la verdad: la acusación de sectarismo o fanatismo. Es preciso no dejarse engañar por la fuerza de las palabras. No es sectario el que defiende la verdad, especialmente la enseñada por Cristo y por la Iglesia, sino el que se separa de la verdad y no deja que se acerquen a ella los demás. No es fanático el que quiere conocer, amar y defender la verdad sino que en nombre de una falsa libertad impide que otros den testimonio de su fe”

En definitiva, se trata de aprovechar al máximo las oportunidades que nos brinda esta modernidad tan compleja y a veces tan hostil. Quedarse en las afueras de la comunicación y la opinión local o global, por miedo o por comodidad, sería una gran irresponsabilidad. Es muy fácil criticar al que piensa diferente. Pero es más práctico aportar argumentos para, juntos, buscar puntos de encuentro. Lo más aconsejable y más humano es el respeto a las personas con las que siempre tendremos valores en común como son la dignidad, la búsqueda de la verdad, la justicia, la libertad y el bien común.

Jaén, 17 de noviembre de 2018